

APUNTES

SOBRE LA SERVIA.

Lazareto de Semlin, 12 de Setiembre.

Apenas sale el viajero de esas selvas donde germina un pueblo nuevo y libre, siente no conocerle mas á fondo; deseara vivir y pelear con él por su naciente independencia, y busca con amor su origen, y el destino que le preparan sus virtudes y la Providencia. Nunca se me olvidará la escena de Iagodina, donde en una cabaña de servios, admirábamos á una muger dando el pecho á dos niños gemelos, y á cuyos piés estaba por el suelo otro chiquillo jugando con el alfange de su padre. El *pope* y algunos de los principales vecinos del lugar puestos en corro en torno nuestro, nos hablaban con sencillez y entusiasmo de la prosperidad naciente de su nacion bajo aquel gobierno de libertad; de los bosques que se descuajaban: de las casas de

madera que se multiplicaban en los valles; de las muchas y pobladas escuelas que en todos los pueblos se abrian. Cada uno de ellos, alzando la cabeza por encima de los que estaban delante de él se mostraba orgulloso y contento de la admiracion que le manifestábamos; sus ojos brillaban animados, y su frente revelaba la noble altivez con que veian la gloria y la libertad de su patria. En aquel momento volvió del campo el marido de la hermosa serviana, en cuya casa estábamos hospedados, y acercándose á nosotros, nos saludó con aquel respeto y al mismo tiempo con aquella nobleza de modales que es natural en los pueblos agrestes; y mezclándose en seguida al grupo de aldeanos, se puso, como los demas, á escuchar la relacion que estaba haciéndonos el *pope* de los combates por la independencia. Al llegar el narrador á la batalla de Niza y á la historia de las treinta banderas ganadas á un ejército de cuarenta mil turcos, por tres mil montañeses, se lanzó el recién entrado campesino fuera del círculo de los aldeanos y arrancando de los brazos de su muger á sus dos hermosos niños, alzó las manos al cielo y exclamó:

¡Hé aquí dos soldados de Milosch! Mientras sean fecundas las mugeres, habrá servios libres en las selvas de la Schamudia!

Semejante en esto á las primeras historias de todos los pueblos heróicos, la de este pueblo existe solo en verso. La tradicion ha conservado aquí

aquellos cantos de entusiasmo nacional, nacidos en el campo de batalla, repetidos de fila en fila por los soldados, é introducidos en las aldeas al terminarse la campaña. Escritos luego por el cura ó por el maestro de escuela, estos cantos sencillos, pero vibrantes como el corazon de los guerreros, ó como la voz del padre de familias que saluda de lejos el humo que despide el tejado de su choza; estos cantos, digo, los acompañan por donde quiera, y acaban por ser la historia popular de la nacion. El príncipe Milosch ha hecho imprimir dos colecciones de ellos que se han repartido por las poblaciones rurales. Desde su infancia aprende el esclavon á leer en estos libros las hazañas de sus abuelos, y el nombre del libertador de la Servia queda para siempre impreso en su memoria. Mal puede someterse al yugo de la esclavitud el hombre que ha nacido y se ha formado en esta atmósfera. En medio de aquellas selvas vírgenes, en las hondas cañadas que nadie suponía habitadas mas que por fieras, he encontrado mas de una vez mancebos y doncellas que juntos iban entonando aquellos cantos nacionales de los que nos traducian nuestros intérpretes algunas palabras. Al vernos, interrumpian por un instante su canto para saludarnos y vernos desfilar; pero no bien habíamos desaparecido, proseguian su camino, y las sombrías bóvedas de robles seculares, las rocas en que se despeñaba el torrente, volvian á conmoverse y á

retumbar con los grandiosos ecos, y con los monótonos ritornelos de aquella gente, imàgen de la felicidad de su tierra. ¿Què dicen? pregunté un dia al dragoman que comprendia su lengua. —Hospodar, me respondió, lo que dicen es tan necio, que no merece la pena de repetírselo á francos. —No importa, veamos, tradúzcame vd. literalmente las palabras que cantan en este momento. —Pues bien, dicen: “Bendiga Dios las aguas del Morawa, pues en ellas han perecido los enemigos de los servios, y multiplíquense las bellotas de las encinas de la Schumadia, pues cada uno de esos árboles es un servio.”—Y ¿qué quieren decir con esto?—Quieren decir, hospodar, que durante la guerra, los servios encontraban una muralla detras de cada tronco: que sus bosques eran y son aún sus fortalezas, y que cada uno de estos árboles es para ellos un compañero de combates. Por eso los quieren como á hermanos, por eso han maldecido miles de veces los viejos servios al príncipe Milosch, que los gobierna hoy, cuando hizo cortar tantos árboles para trazar, por medio de estas selvas, la laga carretera que seguimos. Derribar robles, decian ellos, es lo mismo que matar servios. En Servia el árbol es el amigo del hombre.

Al atravesar aquellos magníficos desiertos, en donde, despues de muchos dias de marcha, no distingue la vista, por do quiera que se esplaya, mas que la uniforme y sombría agitacion de las copas

de los robles que cubren los valles y los montes, verdadero océano de hojas, sobre el cual no descuella siquiera la aguda punta de una torre de alcázar ó de iglesia, al bajar de cuando en cuando à aquellas hondas cañadas donde mugia un torrente, donde la selva se abria un momento para dejar lugar à algunos campos bien cultivados, à algunas nuevas y lindas casas de madera, à algunos establecimientos para aserrar, ó à los molinos que se estaban construyendo à la orilla del rio; al ver aquellos innumerables rebaños, conducidos por tiernas y lindas y hasta elegantes pastoras, salir de aquellas inmensas columnatas de árboles, y volverse por la tarde à sus habitaciones; al ver à los muchachos salir de la escuela, al pope sentado en un banco de madera a la puerta de su linda casa, a los ancianos entrar para deliberar en la casa de ayuntamiento ó en la iglesia; créame trasportado al fondo de las selvas del norte de América, en el momento del nacimiento de un pueblo ó del establecimiento de una nueva colonia. Las fisonomías de aquellos hombres eran un vivo testimonio de la dulzura de sus costumbres, de la urbanidad de su antigua civilizacion, de la salud y del bienestar de aquel pueblo. El búlgaro es bondadoso y sencillo, pero, bien que dispuesto à emanciparse, se ve que pesa sobre él todavia un resto del yugo que no ha llegado à sacudir; en la actitud de su cabeza, en su acento y en la humilde resignacion de su mirada,

se ve algo que recuerda al turco; tambien recuerda al saboyano, á ese pueblo de los Alpes, bueno por escelencia, a quien nada falta para ser completo, mas que la dignidad de semblante y de palabra que hace resaltar todas las demas virtudes.

El servio, por el contrario, recuerda al suizo de los pequeños cantones donde las costumbres puras y patriarcales conservan en el semblante del pastor una armonía perfecta con la libertad, distintivo del hombre, y con el valor sereno que es el atributo del héroe.

Las muchachas de este pais se parecen á las hermosas mugeres de los cantones de Lucerna y de Berna: su trage es casi el mismo, — vestidos muy cortos y de colores vistosos, y el pelo trenzado colgando hasta los talones. Sus costumbres son puras como las de todos los pueblos pastores y religiosos; su lengua como todas las derivadas del esclavon, es armónica y cadenciosa. Entre los servios hay poca desigualdad de caudal; el bienestar es general; sus armas son sus únicos objetos de lujo; su gobierno actual es una especie de dictadura representativa. El príncipe Milosch, libertador de la Servia, ha conservado el poder discrecional que, por necesidad, habia reasumido durante la guerra. Proclamado, en 1829, príncipe de los servios, este pueblo le juró fidelidad á él y á sus sucesores. Los turcos, que aún conservan una parte

de la administracion y de las guarniciones de los castillos, han reconocido tambien al príncipe Milosch y se entienden directamente con él; él ha constituido un senado y asambleas deliberantes de distrito, que concurren á la discusion y á la decision de los negocios generales; el senado se convoca todos los años; los diputados de los pueblos se reúnen en las inmediaciones del palacio del príncipe, y semejantes en esto á los hombres de los tiempos heróicos, celebran á la sombra de algun corpulento árbol, sus asambleas deliberativas. El príncipe baja del sillón donde está sentado, se adelanta hácia cada uno de los diputados, les hace preguntas, escucha sus contestaciones, toma apuntes de sus quejas ó de sus consejos, les habla de los negocios, les esplica con bondad su política, se justifica de las disposiciones que han podido parecer severas ó abusivas; todo se hace con la familiaridad noble y grande del hombre del campo que conversa con su señor, que no es mas que un patriarca labrador y guerrero. La idea de Dios preside á sus consejos como á sus combates; estos hombres pelean y gobiernan por sus altares como por sus selvas, al paso que la influencia del clero está limitada á las cosas de la religion. El principal influjo reside en los gefes militares, en esa aristocracia, á cuyos individuos llaman ellos weyvodes. La dominacion sacerdotal no empieza nunca sino cuando ha cesado el estado de guerra, y cuando el sue-

lo de la patria pertenece sin litigio al pueblo. Hasta entónces, la patria honra sobre todo á los que la han defendido, y solo despues confiere honores á los que la civilizan.

La poblacion de la Servia, que asciende en el día á un millon de habitantes, aumenta con rapidez. La dulzura del clima, parecido al del Este de la Francia, la fertilidad de su suelo vírgen y profundo, cubierto por todas partes de la vegetacion de las praderas de Suiza, la abundancia de rios y de arroyos que, bajando de los montes, y circulando por los valles, forman numerosos lagos en medio de las selvas, que desmontadas dejan, como en América, terrenos para el cultivo é inagotables materiales para las construcciones; las costumbres apacibles y puras del pueblo; leyes protectoras, vivo reflejo de nuestras mejores leyes europeas; los derechos de los ciudadanos garantizados por representantes locales y asambleas deliberativas: el poder supremo, en fin, concentrado en términos razonables, en las manos de un hombre digno de su mision, el príncipe Miloseh, y trasmitiendo á sus descendientes todos estos elementos de paz, de civilizacion y de prosperidad, hacen esperar que antes de medio siglo ascenderá á muchos millones la poblacion de la Servia. Si, por su reunion con la Bosnia, con una parte de la Bulgaria y con las hordas belicosas de los montenegrinos, este pueblo llega á ser, como desea y espera, el núcleo de un

nuevo imperio esclavon, la Europa verá elevarse un nuevo estado sobre las ruinas de la Turquía; y cubrir las vastas y hermosas regiones que se estien den entre el Danubio, el Adriático y los altos Balkans. Si á esta fusion se resisten demasiado. las diferencias de costumbres y de nacionalidad, se verá, en la Servia por lo menos, uno de los elementos para la federacion de estados libres ó de protectorados europeos, destinados á llenar el vacío que va á dejar, tanto en Europa como en Asia, la desaparicion del imperio otomano. Esto es cuanto puede pedir la política europea.

23 de Setiembre de 1833.

La historia de este pueblo deberia cantarse, no escribirse, pues es un poema que dura todavía. Yo he recogido sus principales episodios, en el pais, de boca de nuestros amigos de Belgrada que vienen á visitarnos á la verja del lazareto. Sentados á la sombra de un tilo, sobre la yerba que dora el templado y hermoso sol de astos climas, al murmullo vecino de las rápidas ondas del Danubio, á la vista de las hermosas praderas y de las frondosas selvas que sirven de antemurales á la Servia por la parte de la Hungría, estos hombres da tra-ge semi-oriental, de semblante varonil y apacible

como el de los pueblos guerreros, me cuentan con sencillez las hazañas en que han tomado parte. (1)

Bien que todavía jóvenes y cubiertos ya de heridas, parecen haber olvidado enteramente la guerra, y no se ocupan mas que en la instruccion pública, en las escuelas para el pueblo, en las mejoras rurales y administrativas, en los progresos que pueden hacerse en la legislacion; modestos y celosos aprovechan todas las ocasiones que se les presentan para perfeccionar sus instituciones nacientes; preguntan á los viajeros, los detienen á su lado el mayor tiempo posible, y recogen con avidéz cuanto dicen estos hombres venidos de léjos como enviados por la Providencia; esto es lo que yo he podido investigar sobre la historia de estos últimos años.

Después de los grandes alborotos suscitados por Passwanoglow, bajá de Widin, y terminados por la dominacion de los jenízaros, fué cuando por los

(1) Después he tenido pormenores mas circunstanciados y auténticos sobre la historia moderna de la Servia, y debo á la bondad de un viajero que me ha precedido, y á quien he encontrado en Jafa, de Palestina á M. Adolfo de Caraman, la comunicacion de estas notas sobre la Servia, notas recogidas por él durante su residencia en el palacio del príncipe Milosch. A estas notas, mucho mas dignas que las mías de fijar la atencion del público, por el talento y la conciencia con que están redactadas, acompañaba una traduccion de la historia de los servios por un indígena de aquel pais.

años de 1804, se levantaron los servios contra sus tiranos; tres caudillos se reunieron en la parte central de la Servia, llamada la Schumadia, region inmensa cubierta de impenetrables selvas. El primero de estos caudillos era Kara Jorge, los otros dos Tanko-Kalisch y Vasso Tcharapitsch. Kara Jorge habia pertenecido á los Heiduks, que eran á los servios lo que los Kleptos á los griegos, una raza de hombres independientes y aventureros, que vivian en montes inaccesibles, y bajaban al menor indicio de guerra para tomar parte en las luchas de las facciones, y vivir como lo tenian por costumbre entre la sangre y el pillaje. A ejemplo de la Schumadia se insurreccionó todo el país; cada canton eligió por su caudillo al mas valiente y considerado de sus Weyvodes, y estos, reunidos en consejo de guerra, confirieron á Kara Jorge el título de generalísimo. Este título le daba pocas atribuciones; pero el genio en tiempo de agitacion, pronto da la soberanía de hecho al hombre audaz. El valor no transige jamas con el peligro, y la obediencia al talento y al arrojo es el instinto de los pueblos.

Jorge Petrowisteh, apellidado Kara ó Zrin, es decir Jorge el Negro, nació en 1765, en un lugar del distrito de Kragusewatz, de un simple labriego y pastor llamado Petroni. Otra tradicion, que nada tiene de verosímil, supone á Kara Jorge nacido en Francia. Niño todavía, Kara Jorge fué conducido por su padre á los montes de Tópoli. Malogra-

da la insurreccion de 1787, que el Austria debia haber apoyado, los insurgentes, perseguidos por los turcos y los bosnios, se vieron obligados á huir. Petroni y Jorge, su hijo, que habian ya peleado con valor, reunieron sus ganados, que eran su única riqueza, y se dirigieron hácia el Save, cuyas orillas pisaban ya, é iban por consiguiente á encontrar su salvacion en el territorio austriaco, cuando Petroni, anciano débil y mas apegado que su hijo al suelo de su patria, se volvió, y mirando los montes donde dejaba todas las huellas de su vida, sintió partírsele el corazon á la idea de alejarse de ellos, para pasar á un pais desconocido y sentándose en el suelo, conjuró á su hijo que se rindiese primero que espatriarse. Siento que mi memoria no me permita referir una á una las sentidas y pintorescas súplicas del anciano, tales cuales las cantan las estrofas populares de la Servia. Esta es una de aquellas escenas en que los naturales impulsos, tan vivamente sentidos y tan candorosamente expresados por el genio de un pueblo que no ha salido aún de la infancia, dejan atras á todas las invenciones del arte empleadas por los pueblos cultos. Páginas de esta sublimidad se ven solo en Homero y en la Biblia.

Enternecido por el dolor y las súplicas de su padre, no tardó Kara Jorge en hacer volver atras á sus gentes y á sus ganados. Consagrado al imperio de la obediencia filial, que es en los orientales

una segunda religion, doblaba la cabeza á la voz de su padre é iba triste á tomar de nuevo el camino que le conducia á la esclavitud porque no faltase la tierra de Servia á los huesos de Petroni, cuando oyeron voces y tiros, que les anunciaron la proximidad á que estaban de los bosnios y el inevitable suplicio que los aguardaba.

— Padre mio, dice Kara Jorge, decidíos; un solo instante nos queda, mi brazo os sostendrá, mi cuerpo os escudará contra las balas de los osmanlis; viviréis, y en el territorio de un pueblo amigo aguardaréis que luzcan mejores dias;—pero el inflexible anciano, que su hijo se esforzaba por llevarse consigo, resistia á todos sus esfuerzos, resuelto á morir en el suelo de su patria. Desesperado Kara Jorge, y no queriendo que el cuerpo de su padre cayese en poder de los turcos, hincó la rodilla en tierra, pidió al anciano su bendicion, le mató de un pistoletazo y le arrojó en el Save, en el que precipitándose él en seguida, pasó á nado á la orilla austriaca.

Poco tiempo despues volvió a entrar en Servia como sargento mayor de un cuerpo franco. Descontento de que se le hubiera escludido de una distribucion que se hizo de medallas de honor, abandonó aquel cuerpo, y se fué, como Heiduck, a los montes; reconciliado mas adelante con su gefe, le acompañó á Austria, firmada que fué la paz, y ob-

tuvo un destino de guarda bosque en el monasterio de Krushedal; pero cansado en breve de aquel género de vida, volvió a Servia, siendo gobernador de ella Hadgi-Mustafá. Dedicado desde aquella época à la vida pastoril, volvió sin embargo a tomar las armas siempre que se presentó ocasion de hacerlo.

Kara Jorge era hombre de alta estatura, de constitucion robusta, de fisonomía noble y franca. Cuando no estaba escitado por el vino, ni por el estruendo de los combates, ni por la contradiccion en las asambleas, se le veia a menudo pasar un dia entero sin proferir una palabra.

Casi todos los hombres que han hecho ó que están destinados a hacer grandes cosas, son pocos de palabras; conversan consigo mismos, mas bien que con los demas, y alimentándose con sus propias ideas, adquieren en estas conferencias íntimas la energía de inteligencia y de accion que es el distintivo de los hombres fuertes. Napoleon no dejó de ser taciturno hasta que empezó su decadencia. Defensor inflexible del órden y de la justicia, Kara Jorge mandó ahorcar a su propio hermano por haber atentado contra el honor de una doncella.

En 1806, cuando varios ejércitos penetraron en Servia al mismo tiempo, Bekir, bajá de Bosnia, é Ibrahim, bajá de Scútari, recibieron de la Sublime Puerta órden de dirigirse a aquella provincia con todas sus fuerzas. Bekir mandó dos cuerpos de

unos cuarenta mil hombres, é Ibrahim avanzó por el lado de Niza al frente de un ejército formidable. Kara Jorge, con fuerzas muy inferiores en número pero animadas por un patriotismo invencible, llenas de confianza en sus gefes, y protegidas por las selvas que ocultaban sus movimientos, rechazó todos los ataques parciales de Bekir y de Ibrahim. Deespues de haber derrotado cerca de Petzka à Hadgi-Bey, marchó contra el ejército principal, que se retiró sobre Schabez, el 8 de Agosto de 1806. En esta accion parecieron Kulmi y el anciano Mehemet; los restos del ejército huyeron en direccion de Schabez, y los Bosnios que quisieron pasar el Drina fueron hechos prisioneros. Kara Jorge, que no llevaba consigo mas que siete mil infantes y dos mil caballos, se dirige rápidamente contra Ibrahim Bajá que estaba asediando à Dali-grad, ciudad serviana, defendida por otro gefe llamado Pedro Dobrinyas. Al saber su llegada envia Ibrahim à pedir entrar en conferencias, que se celebraron efectivamente en Smaraderewo, y cuyo resultado fué por de pronto la pacificacion de la Servia bajo condiciones ventajosas al pais. Esta paz no fué mas que uno de aquellos entreactos que dan un poco de respiro à la insurreccion, y que acostumbra insensiblemente à las naciones à aquella semi-independencia que pronto se trueca en impaciencia de libertad. Kara Jorge, que no habia licenciado sus tropas, porque las decisiones del Muf-

tí no había ratificado las condiciones de Smaraderewo, no tardó en marchar sobre Belgrada, capital de la Servia, plaza fuerte sobre el Danubio, y en apoderarse de ella, de su ciudadela y de su guarnición turca. Guseharez-Alí, que mandaba la ciudad, obtuvo de Kara Jorge permiso para ir á Widin, siguiendo el curso del Danubio. Soliman Bajá se quedó en la ciudadela; pero, habiéndose puesto en camino á principios de 1817 con doscientos jenízaros que le quedaban para ir á reunirse con los turcos, fué asesinado con su gente por la escolta misma que Kara Jorge le había dado para proteger su retirada. No se acusa sin embargo á Kara Jorge de esta barbarie, efecto solo de la venganza de los servios contra la raza de los jenízaros, cuya feroz dominación los había acostumbrado á atrocidades de este género.

Estos triunfos obtenidos en la guerra de la independencia le valieron á la Servia una constitución enteramente municipal. Los gefes militares, llamados weyvodes, habían instituido por todas partes autoridades civiles, y estos weyvodes estaban apoyados por una caballería compuesta de los jóvenes mas ricos, que no recibían sueldo alguno, pero que vivían á costa de sus gefes y dividían con ellos el botín. Algunos weyvodes contaban á su lado hasta cincuenta de aquellos jóvenes. Jacobo Nenadowitsch, Milenko, Dobrinyas, Ressava, y sobre todos ellos Kara Jorge, eran los caudillos mas nota-

bles. Un senado, compuesto de doce individuos elegidos por cada uno de los doce distritos, debía dirigir los intereses generales de aquella especie de confederación armada, y servir de contrapeso á su usurpado poder. Este senado se mostró digno de su misión, regularizando la hacienda, arreglando las contribuciones, consagrando la del diezmo al pago de las tropas, y ocupándose en la enseñanza del pueblo con un celo y una inteligencia que desde luego indicaban un profundo instinto de civilización. A la enseñanza rutinera de los conventos sustituyeron escuelas populares en cada cabeza de distrito. Por desgracia aquellos senadores, en vez de estar investidos de su misión por el país entero, no representaban mas que á los weyvodes, á cuya influencia estaban por consiguiente exclusivamente sometidos.

Otro cuerpo político deliberante, compuesto de weyvodes y de hospodares, entendía en los negocios mas importantes, y la soberanía porque se litigaba, estaba dividida entre esta corporación y Kara Jorge. Todos los años, por Navidad, los weyvodes que la componían, se reunían en Belgrada, y allí, á vista de aquel caudillo, y en medio de los amaños en que estaban envueltos, conferenciaban de la paz, de la guerra, de la forma de gobierno, y de la cuota de los impuestos: allí rendían sus cuentas, y hacían reglamentos para la administra-

cion de la justicia. La existencia y las pretensiones de este cuerpo aristocrático fueron siempre un obstáculo para la emancipacion completa y el rápido desarrollo del destino de la Servia. La unidad es la condicion vital de un pueblo armado en presencia de sus enemigos; la independencia necesita un déspota para plantearse; la libertad civil no se consigue sin cuerpos deliberantes. Mejor inspirados entónces, los servios elevando a Kara Jorge á mayor altura que á sus rivales, habrian concentrado todos los poderes en una sola mano. Bien conocian los hospodares que esta unidad era necesaria; pero cada uno de ellos deseaba que el gefe elegido fuese débil para poderle dominar, y de esta secreta idea se resintieron siempre las elecciones de los senadores. Estos esperaban que los hospodares les servirian para derribar á Kara Jorge, mientras él contaba con el senado para acabar con los hospodares. Así empezó la lucha sorda entre los libertadores de la Servia.

Mladen Milowanowitsch, el mas elocuente de los senadores, habia adquirido, por el ascendiente de su palabra, el derecho de discusion en los principales negocios del Estado. Rico desde el saqueo de Belgrada, y dueño del comercio exterior por las aduanas del Danubio, de que era arrendatario, equilibraba el influjo de Kara Jorge y de sus partidarios. Instigado por estos, el senado se conju-

ró contra Milowanowitsch, que lleno de ideas de venganza, se retiró á Doligrad, desde donde denunció á Jorge los sordos manejos que tramaban contra él los griegos y los rusos. Creyólo Kara Jorge, y volviéndole á llamar á Belgrada, resolvió hacer la guerra á los bosnios, en cuyo territorio entró, abriendo la campaña de 1809.

El mismo canto nacional esclavon que celebra el principio de la insurreccion, predice las desgracias que han de sobrevenir el dia en que se intente el paso del Drina y la invasion de la Bosnia. La prediccion del poeta fué el oráculo de la Providencia; aquella campaña de Kara Jorge fué una série de faltas, de desastres y de horrores. En vano, ayudado por los rusos, peleó Kara Jorge con su acostumbrado heroismo: sus soldados desanimados cedieron, y batido por los turcos en Komenitza, tuvo que ir á cubrir á Lagodina y la orilla izquierda del Morawa, y solo á un hábil movimiento de los rusos debió la conservacion de esta parte de su territorio.

Estos reveses aumentaron el celoso rencor de los weyvodes, que se atrevieron á atentar contra su poder el dia en que dejaron de verse sostenidos por el prestigio de la victoria. Jacob Nenadowitsch fué el que dió el primer golpe á la fortuna de Kara Jorge, presentándose, el dia 1.º de Enero de 1810, á la cabeza de seiscientos jóvenes á caba-

llo, en el senado de que fué nombrado presidente. La influencia de la Rusia mantuvo sola durante algun tiempo la decadente autoridad de Kara Jorge, que avanzando entre tanto contra Churchid, bajá de Niza, que tenia á su mando treinta mil hombres, dió en la llanura de Warwarin una sangrienta batalla, en que tres mil servios, animados por la voz y por el ejemplo de su caudillo, arrollaron aquella inmensa multitud de turcos, obligándolos á replegarse y aun á meterse de nuevo en Niza. Desde allí, dirigiéndose hácia Lonitza, que sitiada por cuarenta mil otomanos y una formidable artillería, iba á sucumbir al poder de los sitiadores, logró con su denuedo y el de su gente obligar al ejército turco á levantar el sitio y a volver á pasar el Drina. Aquel momento fué el del apogeo de la gloria de Kara Jorge: gracias á él, la Servia, enteramente libre, estendia sus fronteras desde la isla de Poretsch, sobre el Danubio, hasta la confluencia de este rio sobre el Timok; pero la paz, mas funesta siempre que la guerra para los libertadores de un pais, vió pronto fermentar nuevos manejos y nuevas disensiones entre los gefes que el peligro comun reunia: Los hospodares quisieron debilitar el poder de Kara Jorge, con el objeto de destruirlo enteramente despues. Entendido él a tiempo de la trama, la reprimió con energía y aprovechó aquella ocasion para promover en la dieta de 1811 una reaccion definitiva en su favor

La influencia de los hospodares y de los weyvodes recibió un golpe mortal, con la subdivision y la multiplicacion de sus gefes, que demasiado débiles para obrar aislados, quedaron reducidos á meros instrumentos fáciles de manejar, y que envidiosos por otra parte de la antigua superioridad de los weyvodes, se apoyaron, para echarlos abajo, en la autoridad del gefe supremo, á cuya fortuna unieron la suya propia.

Alteráronse, pues, las atribuciones del senado, que en lugar de concentrar todos los poderes, se dividió en dos asambleas, de las cuales una, compuesta de los individuos ménos influyentes, formó una especie de magistratura judicial, miéntras la otra, asumiendo las funciones administrativas, quedó, digámoslo así, de ministerio de Kara Jorge. No es posible dejar de admirar en este grande hombre un instinto político tan hábil, como vasto y seguro era su golpe de vista militar. Llamando así y fijando á su lado, por medio de destinos honoríficos y lucrativos, aun á sus contrarios, los separaba de las poblaciones acostumbradas á obedecerlos y destruía por este medio su sediciosa oligarquía.

Una ley que condenaba á la pena de destierro á todo servio que se opusiese á esta constitucion de los poderes, obligó á Dobrinyas y á Milenko á refugiarse en Rusia. El casamiento de su hija con Miladen, uno de los mas poderosos partidarios de

Kara Jorge, atrajo á Nenadowitsch al partido del dictador.

Propuso por entónces el sultan á Kara Jorge reconocerle como hospodar de la Servia bajo la garantía de la Rusia, y en virtud de aquel reconocimiento, los turcos conservarían las fortalezas y las armas de los servios. Estas complicadas negociaciones duraron hasta 1813, época en que, no habiendo podido entenderse con la Puerta, Kara Jorge volvió á llamar á las armas á sus compatriotas.

—“Durante nueve años, les dijo, habeis vencido conmigo á vuestros enemigos; durante nueve años, habeis combatido sin armas y sin plazas fuertes; hoy sois dueños de ciudades, de murallas, de rios que os separan de los turcos; hoy teneis ciento cincuenta piezas de artillería, cuarenta puertas fortificadas y vuestras selvas, asilo inespugnable de vuestra libertad; teneis el apoyo de la Rusia; ¿podeis titubear?”

Mandados por el capitán Bajá de Widin se ponian en tanto los turcos en movimiento y aprovechándose de la victoria ganada por los franceses en Lutzen, acosaba el gran-visir á los bajás para que terminasen de una vez aquella larga lucha tan humillante para la Puerta. En Negotin diez y ocho mil turcos tenian sitiado á Welikó, á quien una bala de cañon dejó tendido sin vida en presencia de sus tropas, que dispersas y azoradas huían

por los pantanos hasta la isla de Potesch. Por el Sud, Curchid Bajá, al frente de un ejército numeroso, despues de poner en fuga á Mladen y á Sima, dos generales servios, iba á acamparse hasta al pié de los muros de Schabatz: nunca se habia visto la Servia reducida á tan grande aprieto. El entusiasmo de la independencía parecia ahogado bajo el peso de tantos reveses, y quizá tambien bajo el de tres años de paz y de disensiones intestinas. Su nacionalidad y su gloria se vieron eclipsadas á la vez y olvidando su fortuna y su patria el mismo Kara Jorge, sea que previendo una catástrofe tratase de conservarse para mejores tiempos, sea que agotado su heroismo, pensase en salvar su vida y sus riquezas, Kara Jorge mismo, digo, pasó al territorio austriaco con su secretario Jainki y tres de sus confidentes. Así se eclipsó para siempre aquel héroe de la Servir, para ir á morir en una ciudadela austriaca, en vez de encontrar entre su gente y en el suelo de su patria, que él habia sido el primero á sacar de su letargo, una muerte que hubiera inmortalizado su nombre! A la nueva de su fuga, se desbandó su ejército, y Esmaraderewo y Belgrada volvieron á caer en manos de los turcos. La Servia quedó convertida en bajalato, de que se hizo bajá y dueño su conquistador. Los senadores todos huyeron, y un solo hombre, un niño casi, el weyvode Milosch Obrenowitsch, fiel á la desesperada causa de la independencía, su-

blevó los distritos del Norte y trató de apoderarse de Osehiza; pero, abandonado por sus tropas, se vió en la necesidad de aceptar las proposiciones de los turcos. Los servios desarmados, se vieron reducidos á levantar con sus propias manos las fortificaciones que debian servir para oprimir al pais. La tiranía de los *spahis* desposeidos, se vengó de los nueve años de destierro á que los habia condenado el valor de los servios, aumentando para con ellos su insolencia y despotismo. El carácter nacional volvió sin embargo á templarse en aquella dura y vergonzosa esclavitud: el fuego de la insurreccion ardia entre las cenizas, y Milosh, que aguardaba con ansiedad el momento favorable, que no creia llegado aún, reprimia por sí mismo esérgicamente las prematuras tentivas de sus partidarios. La perfidia y la deslealtad del Kaya de Soliman Bajá pudieron mas sobre él en fin, que los consejos de la prudencia. Obtenida por Milosch una amnistía en favor de los insurgentes de Yagodina, los turcos, en vez de cumplir su palabra, hicieron acudir a Belgrada á los gefes de esta insurreccion, mandaron fusilar á ciento y cincuenta y empalar á treinta y seis de ellos. Milosch, presente á aquella bárbara ejecucion, sintió un profundo dolor y vió levantarse y oyó clamar contra él la sangre de las víctimas. Aperciéndose los turcos de su furor, y temiendo su venganza, le hicieron prisionero; pero no bien le prendieron, se escapó, salió de la ciudad fué á re-

fugiarse á los montes de Rudnick, donde reunió de nuevo á sus partidarios y la insurreccion cundió con la rapidez de la llama, por todos los bosques de la Servia.

Milosch, nacido en 1780, tuvo por madre á Wischnia, la cual estuvo casada dos veces, primero con Obren, de quien tuvo un hijo llamado Milan, y despues con Tescho, de quien tuvo varios, uno de los cuales fué Milosch. La pobreza de sus padres le obligó á pasar su niñez apacentando las vacadas que enviaban á los mercados de Dalmacia los comerciantes ricos del pais, y á entrar en seguida al servicio de su hermano materno, Milan, que comerciaba en ganados. Amábanse tan tiernamente estos dos hermanos, que Milosch tomó tambien el apellido de Obrenowitsch, hijo de Obren. El comercio de los dos hermanos prosperó, y ricos é influyentes en el momento de la primera insurreccion, tomaron parte en ella cada uno segun la naturaleza de su carácter. Sosegado y apacible, Milan se quedaba en la casa, y se ocupaba en la administracion del distrito, miéntras que, intrépido y bullicioso, Milosch peleaba á las órdenes de Kara Jorge.

Cuando cambió Kara Jorge la constitucion del pais, Milan, acusado de haber tomado partido contra él, fué fusilado por orden suya. A esta muerte de su hermano debió Milosch en gran parte su

fortuna y su actual nombradía. Lanzado por el deseo de vengarse en las filas de los descontentos, no quiso seguir á los caudillos que huyeron en 1813, y la atencion se fijó naturalmente entónces en el único que habia quedado en el pais.

El domingo de Ramos de 1815, Milosch, fugitivo de Belgrada, entrándose en la iglesia del Takowo, donde se hallaba reunido un considerable gentío, empieza á arengarle con aquella elocuencia natural que posee el esclavon, y con la omnipotencia de un sentimiento de desesperacion de que ya de antemano participan los que le escuchan. Empezaron las hostilidades y Milosch á la cabeza de algunos jóvenes de la caballería de su distrito y de mil montañeses, se apodera de una puerta defendida por los spahis, á quienes coge ademas dos piezas de artillería. A la primer noticia de esta victoria, vuelven los emigrados, los fugitivos salen de los bosques, los heiducks bajan de los montes, y todos atacan al kaya del bajá, que al frente de 10,000 turcos, habia ido imprudentemente á acamparse en los llanos del Morawa: el kaya muere en el combate, y su muerte siembra el terror en su campamento: los turcos huyen hácia Zienitza: Milosch les presenta una nueva batalla y obtiene una nueva victoria: el botin, las mugeres y la artillería del kaya quedan en poder de los servios. Alí Bajá sale de Belgrada con las tropas que le quedan y

marcha al encuentro de Milosch; pero pronto derrotado, se retira á Kinpra, protegido por una escolta que le da el mismo vencedor. Adem Bajá capitula tambien ignominiosamente, y encerrándose en Novibazan, recibe presentes de Milosch. El bajá de Bosnia, bajando de sus montes con un numeroso ejército de refresco, envía á Alí Bajá uno de sus generales, para atacar á Milosch en el Matschwai. Alí Bajá, cogido prisionero, es enviado por Milosch cargado de regalos para el gran visir. Los servios se mostraban ya dignos por su generosidad de la civilizacion en cuyo nombre combatian, y Milosch, tratando á sus enemigos como amigos futuros, bien veia que no habia llegado todavia para su patria el momento de aspirar á una independenciam completa, y trabajaba por ajustar tratados que le fuesen favorables, en vez de deshonrarla con sangrientas ejecuciones de muerte.

Maraschli Alí Bajá se adelantaba hácia las fronteras de la Morawa. La division que felizmente reinaba entre este general y Curchid Bajá, gran visir ántes y á la sazón bajá de Bosnia, hacia que no concertas en sus planes, y que cada uno de ellos desease en secreto que fuese derrotado el otro para atribuirse á sí solo los honores de la victoria. Noticioso de aquellas desavenencia, no dejó Milosch de aprovecharse de ellas, y dirigiéndose en persona al campo de los turcos, tuvo con Curchid una entrevista, en la cual no pudieron avenirse. Milosch

queria que la Servia conservase sus armas, y el bajá aceptaba todas las condiciones á escepcion de esta, sin la cual eran las otras eventuales. Irritado Milosch, se levanta y va á montar á caballo, cuando á la voz de Curehid que manda que le prendan, se arrojan los jenizaros sobre él: pero Alí Bajá, á quien Milosch habia vencido y enviado con regalos al visir, se interpone animosamente entre los spahis y Milosch, y hace presente á Curehid que el general á quien quiere prender ha venido al campo bajo la fé de su palabra; que él se ha obligado por juramento á sacarle de allí sano y salvo, y que está resuelto á morir primero que á consentir que se atente contra la libertad del hombre á quien es deudor de la vida. Subyuga Alí Bajá con su entereza al visir y á sus soldados, y conduciendo fuera del campo á Milosch:—guardaos, le dice al despedirse de él, guardaos bien de confiar desde hoy en nadie, ni aun en vos mismo! Nosotros hemos sido amigos, y nos separamos hoy para no volvernos á ver.—Alejóse Milosch; las negociaciones entabladas mas tarde con Maraschli Alí Bajá, tuvieron un éxito mas feliz. Los servios obtuvieron que se les dejasen las armas, y los diputados enviados por ellos á Constantinopla, volvieron al cabo de un mes con un firman de paz, concebido en estos términos: “Así como Dios ha confiado sus súbditos al sultan, el sultan los confia á su bajá.” El bajá se volvió á Belgrada, y los gefes servios

fueron á presentarle su sumision por el intermedio de Milosch. Las plazas fuertes quedaban en poder de los turcos. Los servios votaban sus contribuciones por sí mismos: la administracion estaba dividida entre los dos partidos; un senado nacional debia ir á Belgrada a establecerse cerca del bajá. Alí, querido de los servios, reemplazaria en Belgrada a Soliman, su enemigo, llamado a Constantinopla por el gran-señor. Poco duradero por su naturaleza, este estado de cosas debia originar reyertas inevitables. Milosch, que continuaba estando á la cabeza de su nacion, vivia en Belgrado al lado de Alí Bajá, como un vigilante centinela, siempre dispuesto á dar a su pueblo la señal de la resistencia ó del ataque.

Deseoso Alí de obtener con maña lo que no habia podido conseguir por la fuerza, se dirigió á Milosch conjurándole que hiciese que el pueblo depositase las armas. Respondió Milosch que él y sus amigos estaban prontos á dejarlas, pero que era cosa imposible hacérselas abandonar al pueblo. Indignado el bajá, escitó contra él al presidente de la cancillería servia, llamado Moler, y al metropolitano Nikschwitz, pero los guardias de Milosch se apoderaron en pleno consejo de estos dos conspiradores, y obligaron al bajá mismo a condenarlos, en virtud de su poder ejecutivo, a la pena capital. Esta debilidad del bajá aumentó la osadía de

los servios, cuyo gefe salió de Belgrada, y a fin de evitar los lazos de todo género que le tendian los turcos y sus rivales de la Servia, se encerró en el Topschidor, pueblo fortificado á media lagua de su capital. Asi mismo fueron decapitados dos weyvodes que en 1821 hicieron una nueva tentativa contra la autoridad y la vida de Milosch. Las sospechas que se esparcieron por el público de que el bajá habia sido el alma de aquellos manejos, aumentaron la animosidad, que ya ecsistia entre las dos naciones.

Ocupados y enervados los turcos con la represion de los insurgentes de la Albania y de los defensores de la independéncia de la Grecia, la coyuntura parecia favorable para la concentracion del poder nacional en Servia. Los pueblos no conquistan su libertad sino personificándose en un caudillo; el interés y la gratitud les hacen mirar naturalmente el poder como una herencia de aquel que ha sabido crearlo y sostenerlo. La monarquía es el instinto de las naciones en su infancia; es como un tutor que dan a su independéncia no muy sólida todavia. Este instinto se hacia sentir mas que en ninguna otra parte en Servia, donde no se conocian aun las formas republicanas, y aprovechándose de él, estendió Milosch su autoridad, restableció poco á poco la constitucion de Kara Jorge, y puso, entre el pueblo y él, la aristocracia de los *knevens*, encargados de la administracion del pais. Cada *kneven*

manda un *knev* ó provincia, y la mayor parte de los distritos tienen un *obar kneven*. Milosch los nombra, designándoles a su arbitrio territorio y atribuciones; y para quitar todo pretexto a esacciones injustas de su parte, les da un sueldo del erario público. En todos los pueblos ecsisten tribunales de primera instancia, y en Kraguzewatz un tribunal supremo, cuyos destinos provee Milosch.

La costumbre sirve de ley interin se redacta un código que se está preparando, y el derecho de fallar la pena de muerte reside esclusivamente en el gefe supremo del gobierno.

Por las manos de este, que lo pone en las del bajá, pasa el corto succidio que paga á la Puerta la Servia, y que no es otra cosa que un resto de su rescate, recuerdo de su antigua dependencia. El bajá, sombra vana de una autoridad que ya no ecsiste, no es mas que un centinela perdido de la sublime Puerta, colocado allí para observar la línea del Danubio y dar desde aquel centro sus órdenes á los turcos que ocupan las vecinas fortalezas.

En caso de guerra entre la Turquía y el Austria, los servios deben contribuir con un contingente de cuarenta mil hombres. El clero cuya influencia podia contrarrestar la de Milosch, ha perdido toda la preponderancia, perdiendo la administracion de la justicia, cometida hoy á los tribunales civiles. Los *popes* y los frailes pagan los mismos impuestos

y están sometidos á los mismos castigos corporales que el resto de la poblacion: los bienes de las mitras han sido sustituidos por sueldos fijos:—por estos medios está reconcentrado todo el poder en manos del gefe supremo. La civilizacion de la Servia se parece á la disciplina regular de un numeroso ejército, donde una sola voluntad es el alma de una multitud de hombres de todas clases y graduaciones. Esta actitud es necesaria en presencia de los turcos; el pueblo está siempre alerta y armado; el gefe debe ser un soldado absoluto.

Todavía quieren los turcos disputar á la Servia este estado de semi-independencia. Como el tratado de Akerman, firmado en 1827, no resolvía esta cuestion, se celebró en Kraguzewatz una dieta en que debia tomarse conocimiento de él.

“ Yo sé, dijo Milosch poniéndose en pié, que ha
 “ habido gentes, que descontentas del castigo que
 “ por orden mia se ha impuesto á algunos perturbadores, me acusan de excesiva severidad y ambicion de mando, siendo así que mi objeto no es
 “ otro que el de conservar la paz y la obediencia
 “ que ante todo ecsigen las dos cortes imperiales.
 “ Tambien se me imputa á crimen el impuesto
 “ que paga el pueblo, sin pensar cuanto cuesta la
 “ libertad que hemos conquistado, y cuanto mas
 “ cara todavía cuesta la esclavitud! Las complicaciones de mi situacion habrian acabado ya con

“ un hombre débil, y solo armándome, por salvadores, de una justicia inflexible, puedo llenar los deberes que me he impuesto para con el pueblo, con los emperadores, con mi conciencia y hasta con Dios.”

Concluido este discurso, redactó la dieta, presentó á Milosch, y despachó á la Puerta, un acuerdo en virtud del cual los servios, por el órgano de sus gefes, juraban obediencia eterna á su alteza el príncipe de Obrenowitsch y á sus descendientes. La Servia pagó entonces su deuda á Milosch: Milosch le devuelve hoy lo que ella hizo por él, dándole leyes sencillas como sus costumbres; pero impregnadas de las luces de la Europa. Semejantes á los legisladores que creaban pueblos en la antigüedad, Milosch envia jóvenes servios á viajar por todas las capitales de Europa, y á recoger datos sobre la administracion y la legislacion para aplicarlos á su pais: algunos extranjeros que forman parte de su corte le tienen al corriente de las lenguas y las artes de las naciones vecinas. La poblacion, pacificada y vuelta á las faenas de agricultura y del comercio, conoce el precio de la libertad que ha conquistado, y crece en número, en actividad y en virtudes públicas. La religion, única civilizacion de los pueblos que no tienen leyes civilizadoras, ha perdido una parte de sus abusos, sin perder nada de su influencia bienhechora, la

educacion popular es el principal objeto de los desvelos del gobierno. El pueblo se presta con un instinto fanático à los esfuerzos de Milosch para hacerle digno de una forma mas adelantada de gobierno; parece como que comprendiendo que los pueblos ilustrados son los únicos que tienen la facultad de ser libres, anhela la ilustracion del suyo. Los poderes municipales preparan en los distritos la libertad de la que son el gérmen. Algunos infelices, desterrados por los turcos despues de la fuga de Kara Jorge, ó por Milosch, por haber conspirado con los turcos contra él, están á la verdad privados de su patria, pero cada dia que pasa, consolidando el órden y confundiendo las opiniones en un patriotismo unánime, vé acercarse el momento en que podrian volver, y reconocer la feliz administracion del héroe contra quien hicieron armas.

Levantándose, como sin duda se levantaria todo el país, á la voz de Milosch, no le seria difícil espulsar de él á los diez mil turcos que todavía ocupan sus plazas fuertes; pero la presencia de estos auxiliares allí, y su co-soberanía nominal, no ejerciendo sobre la Servia ninguna influencia perjudicial, y pudiendo por el contrario preservarla de las agitaciones interiores, y de las revueltas que inevitablemente le suscitarian los estrangeros silla viesan separada del imperio otomano, el príncipe Milosch, hábil político, prefiere este estado de cosas á las consecuencias de una nueva y prematura guerra. El

pueblo le agradece esta paz que le permite desarrollar su civilizacion interior, y nada teme por su verdadera independendencia, pues sus habitantes armados ocupan las ciudades y las aldeas del interior del país. El bajá reside en Belgrada, y Milosch, unas veces en Belgrada otras en su palacio á una milla de esta ciudad, y por lo comun en Kraguzewatz, donde, aislado de los turcos, ocupa el punto mas central de la Servia, y donde, por su actitud guerrera, y por la naturaleza del país, se halla por otra parte á cubierto de toda sorpresa.

El príncipe Milosch tiene cuarenta y nueve años. El mayor de sus dos únicos hijos no pasa de doce. El futuro destino del imperio otomano decidirá del porvenir de esta familia y de este pueblo, que parece llamado por la naturaleza á tomar parte en los grandes acontecimientos que se preparan tanto en la Turquía de Europa como en el imperio asiático. Las canciones populares que el príncipe difunde por el pueblo, hacen á este entrever como cercana la gloria y la fuerza de la Servia, y de su antiguo y heróico rey Esteban Deschan. Las hazañas y las aventuras de sus *heidulhs*, pasando de boca en boca, hacen pensar á los servios en la resurreccion de una nacion esclavona, de que ha conservado el gérmen, la lengua, las costumbres y las virtudes primitivas en las selvas de la Schumadia.

Cual yo, todo viajero se asociará á este deseo, á

esta e-peranza de los servios, y no se alejará sin sentimiento ni bendiciones de aquellas inmensas selvas vírgenes, de aquellos montes, de aquellos llanos y rios que parecen estar brotando de las manos del Criador, y mezclar á la juventud de un pueblo la lozana juventud de la tierra. Al ver salir de los bosques, elevarse al borde de los torrentes, y estenderse cual largas cenefas amarillas las recién construidas casas de los servios; al oír el ruido de las sierras y molinos mecánicos, el tañido de las campanas nuevamente bautizada con la sangre de los defensores de la patria, y el canto, ora apacible, ora marcial de los mancebos y de las doncellas que vuelven de sus faenas campestres; al ver salir de las escuelas y de las iglesias de madera aun no cubiertas de tejados, largas filas de niños, con el acento de la libertad, de la alegría y de la esperanza en todas las bocas, y la juventud, y el ardor en todas las fisonomias; al considerar las inmensas ventajas físicas que asegura a sus habitantes esta tierra; el templado sol que la alumbra, los montes que le dan sombra y defensa; ese hermoso Danubio, que doblegándose para ceñirla, le permite llevar sus frutos al Norte y al Oriente; y en fin, ese mar Adriático que no tardaría en darle puertos y marina y en abrir por este medio sus relaciones con la Italia; cuando recuerda el viagero que al atravesar este pueblo, no ha recibido mas

que testimonios de benevolencia y saludos de amistad, que ninguna cabaña le ha pedido el precio de su hospitalidad, que por do quiera ha sido acogido como un hermano, escuchado como un sabio, consultado como un oráculo, y que sus palabras recogidas por la ávida curiosidad de los *popes* ó de los *knevens*, deben quedar, como una semilla de civilización en los pueblos por donde ha pasado; al ver, digo, al oír, al considerar, al recordar todo esto, no puede ménos el viagero de echar con amor una última mirada sobre las arboladas orillas, las mequititas derruidas y las torres afligranadas de que se ve ya separado por el caudaloso Danubio, y de decirse à sí mismo al perderlas de vista:

¡Yo quisiera pelear con este pueblo naciente por la fecunda libertad!

Y luego involuntariamente repite estas estrofas de uno de los cantos populares que le ha traducido su dragoman:

“Cuando brilla el sol de la Servia en las aguas
 “ del Danubio, parece que arrastran las hojas de
 “ las cuchillas y los resplandecientes fusiles de los
 “ montenegrinos. ¡Cuanto es dulce sentarse á las
 “ orillas de este rio de acero que defiende à la Ser-
 “ via, y mirar pasar echas pedazos las armas de
 “ nuestros enemigos!

“El viento de la Albania que baja de los mon-
 “ tes y penetra en las selvas de la Schumadia pro-

“ duce en ellas ecos semejantes á los gritos del
 “ ejército turco en la derrota de la Morawa. ¡Cuán
 “ dulce es este murmullo á los oídos de los servios
 “ independientes! ¡Cuán dulce es despues del com-
 “ bate descansar de muerto ó vivo al pié de un ro-
 “ ble, que como nosotros canta su libertad!”

RELACION

DE LA

RESIDENCIA DE FATALLA SAYEGHIR

ENTRE LOS ARABES ERRANTES DEL DESIERTO.

 Traducida bajo la direccion de M. de Lamartine.

Acampados en medio del desierto que se estien-
 de desde Tiberiade á Nazareth, hablando de las tri-
 bus árabes que habiamos encontrado durante el
 dia, de sus costumbres y de sus relaciones ya entre
 sí mismas, ya con los grandes pueblos que las ro-
 dean, tratábamos de descubrir el misterio de su
 origen, de su destino y de la admirable perseve-
 rancia del espíritu de raza que separa de las demas
 familias humanas á aquellas tribus, y las tiene,
 como á los judíos, no fuera de la civilizacion, sino
 en una civilizacion peculiar y tan inalterable como
 el granito. Quanto mas he viajado mas me he ido